

señoras y un tanto convencidas de que el miedo y la ignorancia son los que asustan á los vulgares cada rato, y no el diablo ni los pobres muertos á quienes les levantan innumerables falsos testimonios.



CAPITULO XXIX

En el que se refiere la peligrosa aventura en que se vió nuestra Quijotita por su fervorosa é imprudente virtud

Sin embargo de que á favor del desengaño, ya no trató doña Eufrosina de mudarse de su casa, no varió ella ni su hija el plan de su nueva vida, cosa que no dejó de extrañar al coronel; pero como su virtud no era só-

lida, bastardeó desde sus principios y llenó el extremo de la gazmoñería y ridiculez.

No había fiesta de iglesia donde no concurrieran madre é hija, y se estaban en el templo hasta que se concluía la función y levantaban el petatito, como suelen decir. Por las tardes, luego que reposaban la comida, se vestían y marchaban para la iglesia, donde estaba el circular, y no volvían hasta que depositaban; de suerte que no paraban en casa, la cual ya se deja entender cómo andaría, abandonada del todo al cuidado ó descuido de los criados; ello es que don Dionisio no dejó de resentir el mal trato que recibía á causa de la vagabundería espiritual de su familia; pero no se atrevía á reconvenir, porque Eufrosina lo dominaba y él no sabía atacarse los calzones.

Si el día se ocupaba tan santamente, la noche no se pasaba menos. Luego que eran las oraciones, se encerraba Eufrosina con su hija y la tía María, que desde la noche de la disputa con el coronel se hizo piedra en la casa, y se ponían á rezar el rosario y una cáfila de novenas, cuya tarea duraba hasta después de las diez, y no podía durar menos, porque, á más de cuatro ó cinco novenas que se solían rezar á un mismo tiempo, había otras devociones fijas que por ningún caso se omitían.

Todos los días de la semana tenían sus rezos parti-

culares. El lunes se debía rezar á San Cayetano y á las ánimas benditas; el martes, á Señora Santa Ana y á San Antonio de Padua; el miércoles, á la Preciosa Sangre, etc., etc.

Fuera de esto, había sus libritos que se rezaban por fechas, sin perjuicio de los diarios. Por ejemplo: día 1.º, se rezaba á la Divina Providencia; día 7, á San Cayetano; día 8, á la Purísima; día 12, á la Santísima Virgen de Guadalupe; día 16, á San Juan Nepomuceno; día 19, á Señor San José; día 21, á San Luis Gonzaga; día 26, á Señora Santa Ana, y ¡qué sé yo qué más!

No era lo malo que se rezara tanto, lo fatal era el modo con que se rezaba y las inconsecuencias que se originaban por esta imprudente y mal entendida devoción; porque el modo era rezar con mil interrupciones, lo que manifestaba la ninguna atención con que lo hacían. Doña Eufrosina llevaba siempre el coro, y era la que más interrumpía, pues durante un *Padre nuestro* preguntaba tres ó cuatro cosas y determinaba otras tantas; porque, por ejemplo, decía:—*Padre nuestro, que estás en los cielos...* Niña, ¿ya habrá venido tu padre? —¡Quién sabe, mamá!—*Santificado sea el tu nombre...* Es que si ha venido, que le den chocolate... *Venga á nos el tu reino...* y avísale que sobre la cómoda está una carta que trajeron de casa don Jacobo. *Hágase tu voluntad...* Espanta al gato, no vaya á quebrar un vaso; así

en la tierra como en el cielo. —¿No era la devoción de Eufrosina extremadamente fervorosa?

Como había dado orden de que nadie la visitara mientras rezaba, tenía don Dionisio que cumplimentar á sus amigas, que á los principios, ignorantes de la nueva extravagancia de Eufrosina, continuaban de cuando en cuando sus visitas, hasta que, mirando que se negaba, se retiraron poco á poco, tratándola de grosera é incivil.

Rabiaba don Dionisio con estas cosas; pero como era un marido afeminado, no tenía valor, según se ha dicho, para corregir á su mujer; y así se valió de quejarse con mi tutor y suplicarle que persuadiera á su cuñada para que no fuera tan virtuosa.

—La empresa es difícil, dijo el coronel; pero haga usted que mañana concurren á la mesa nuestros amigos y el licenciado, que con su genio jocosó puede contribuir á los deseos de usted.

En efecto, al día siguiente fuimos cerca de las doce, hora en que no habían vuelto las señoritas de la iglesia, y ya las esperaban en su casa el cura, el señor Labín y el licenciado Narices.

Mientras volvían, se trató de la extravagancia de las madamas, y cada uno prometió á don Dionisio hacer por su parte lo posible para ver si podían reducirlas á estarse en casa más y rezar menos.

Llegaron por fin las señoritas, y después de las saluciones corrientes, se desnudaron el traje de la calle y se pusieron á platicar con sus visitas.

—¿Conque de dónde bueno, madamas? preguntó el coronel.

—De la Merced, hermano, contestó Eufrosina. Estaba la iglesia hecha una gloria, como que hoy es el día de nuestra Santa Madre. Nosotros fuimos á comulgar, oimos ocho misas en un instante, venimos á desayunarnos y nos volvimos á la función, que ha estado muy famosa, especialmente el sermón que predicó el Padre presentado N.: ¡ya se ve, como que es divino el frailecito!

—Toda habrá estado según usted lo dice; lo que no puedo entender es cómo oyeron ocho misas en un instante, pues por ligeras que se digan se necesita para oirlas algo más de tres horas.

—Pues nosotras las oimos en una, porque las oimos todas á un tiempo.

—Es decir, hermana, que no oyeron ninguna, y que si hubiera sido hoy día de precepto no cumplen con él probablemente y se quedan sin misa.

—¿Y por qué?

—Porque para oír misa como se debe es necesaria la atención exterior é interior, esto es, la del espíritu y la del cuerpo. A la primera faltan, no sólo los que van al

templo á divertirse con los que entran ó salen, á pintar á ésta, á dibujar á la otra, á jugar con el abanico ó el palito, ni á distraerse en conversaciones muy ajenas de aquel santo lugar, sino cuantos no están con la modestia debida, particularmente al tiempo del tremendo sacrificio; y ya usted verá que estando volviendo la cara á este y al otro lugar y haciendo visajes con ocasión de querer oír á un tiempo muchas misas, no sólo se falta á esta atención exterior, mas también es causa de que falten á ella los que se divierten con estas gentes visajeras.

Asimismo faltan á la atención interior, pues queriendo meditar en tantas cosas cuantas significan las diversas acciones que muchos sacerdotes hacen sobre el altar, no meditan en ninguna. No me crea usted á mí; oiga cómo se explica el doctor don Joaquín Lorenzo Villanueva en su tratadito que escribió de *La reverencia con que se debe asistir á la misa*. Dice pues: «El que oye muchas misas á un tiempo, ó atiende á las varias acciones de ellas, ó no. Si no atiende á esto, ¿en qué funda la mayor ganancia? Si atiende á esto, la misma variedad, como decíamos, le ha de distraer precisamente; porque cuando una misa está en el Credo, la otra está á la elevación de la hostia, la otra en la sumpción y la otra en la bendición; ¿quién tiene cabeza para pensar á un mismo tiempo con atención y devoción en tantas y tan varias cosas?...

»Aun esto se verá más claro, si atendemos á la disciplina antigua de la Iglesia, según la cual no era permitido que en un mismo templo se celebrasen á un tiempo muchas misas. En los seis primeros siglos de la cristiandad, y aun más adelante, sola una misa se podía celebrar diariamente en cada iglesia, ó más bien en cada pueblo, aun cuando hubiese en él varios templos fuera de la catedral ó parroquia. Notorio es el rito observado por los griegos de celebrar todos los presbíteros, juntamente con el obispo. Ochenta presbíteros, según la norma de la reducción hecha por el emperador Heraclio, celebraban juntos un solo sacrificio en la iglesia mayor de Constantinopla. Esto prueba que en los primeros siglos de la Iglesia, y después de la paz que el Señor le envió por medio de Constantino, no se decían á un tiempo muchas misas en un mismo templo. Y si en algún caso de solemnidad ó de gran concurso eran necesarias más misas, se celebraban una después de otra, como se lee en la segunda carta de San León á Dióscoro.

»Y aunque en esto ha variado la disciplina, por justas causas que debemos todos venerar, el espíritu de la Iglesia siempre es y será el mismo, según el cual los antiguos Padres tenían por desorden distraer, con la celebración de muchas misas juntas en una misma iglesia, al pueblo que en ella se congregaba. Sabían que las colectas de los fieles se celebran para unir las oraciones de todos;